



# ARCH ENEMIGOS

MARISSA MEYER

AUTORA BEST SELLER DE *THE NEW YORK TIMES*



**EL TIEMPO SE ACABA.  
JUNTOS PUEDEN SALVAR AL MUNDO.  
PERO SON SU PEOR PESADILLA.**

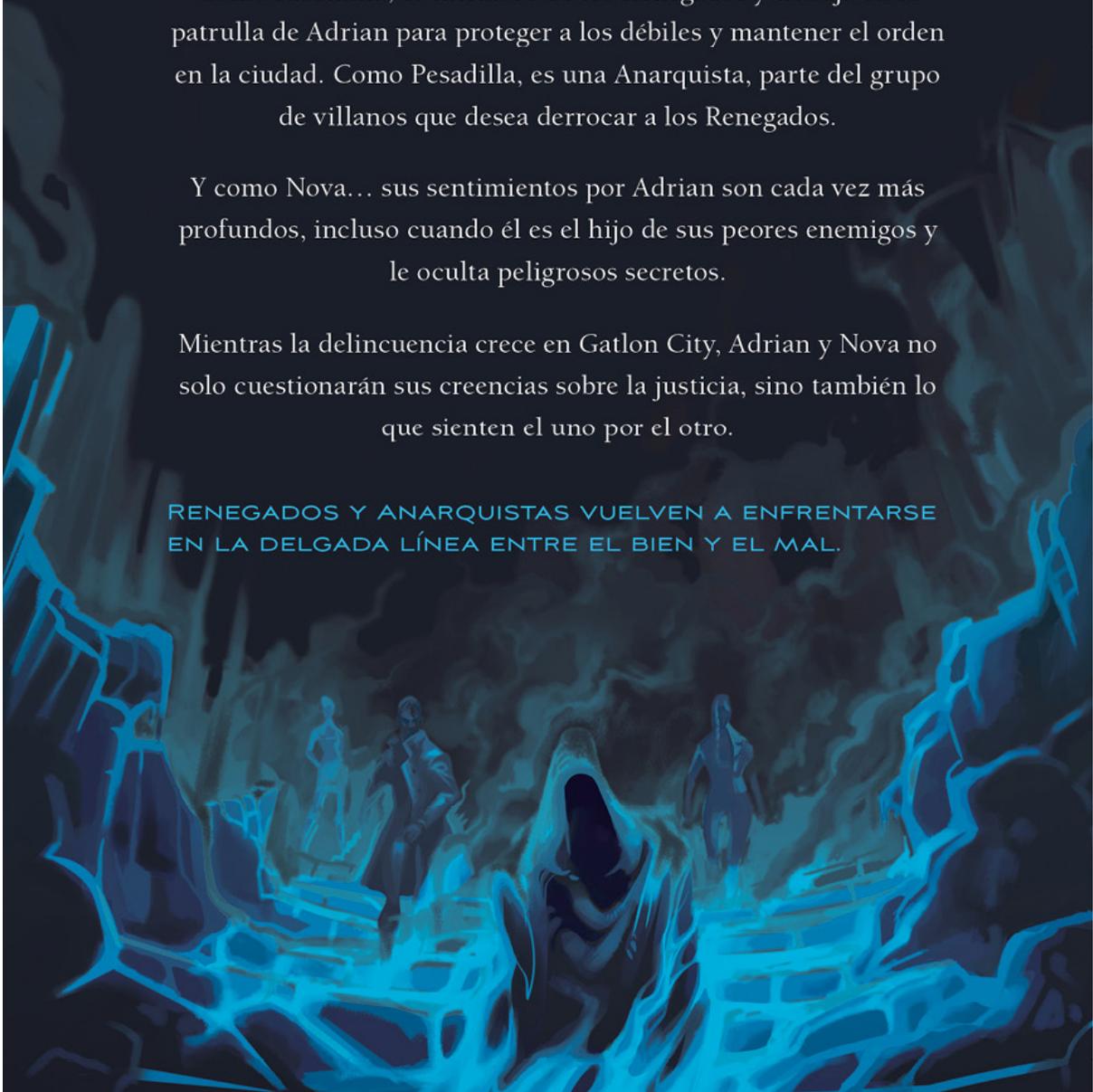
La vida secreta de Nova es complicada:

Como Insomnia, es miembro de los Renegados y trabaja en la patrulla de Adrian para proteger a los débiles y mantener el orden en la ciudad. Como Pesadilla, es una Anarquista, parte del grupo de villanos que desea derrocar a los Renegados.

Y como Nova... sus sentimientos por Adrian son cada vez más profundos, incluso cuando él es el hijo de sus peores enemigos y le oculta peligrosos secretos.

Mientras la delincuencia crece en Gatlon City, Adrian y Nova no solo cuestionarán sus creencias sobre la justicia, sino también lo que sienten el uno por el otro.

**RENEGADOS Y ANARQUISTAS VUELVEN A ENFRENTARSE  
EN LA DELGADA LÍNEA ENTRE EL BIEN Y EL MAL.**



“Meyer es fantástica con los superpoderes. Los mejores momentos de este libro incluyen demostraciones ingeniosas de habilidades increíbles. El adictivo final dejará a los lectores ansiosos por la tercera y última parte”. –Publishers Weekly.

“Adrian y Nova, dos superhéroes adolescentes, tienen mucho en común: una identidad secreta problemática, un plan secreto para vengar la muerte de un miembro de su familia, y una atracción por el otro que no deja de crecer y es imposible por la simple razón de quiénes son...

Una mezcla tentadora de aventuras de superhéroes con romance, que ahonda en temas éticos y morales. Meyer manipula la trama y a los personajes con maestría, para que el lector no pueda soltar el libro hasta llegar a la última página”. –Booklist.

## ARGENTINA



[VREditorasYA](#)



[vreditorasya](#)



[vreditorasya](#)

## MÉXICO



[vryamexico](#)



[vreditorasya](#)



[vreditorasya](#)

ARCHI  
ENEMIGOS

LIBRO DOS

# ARCHI ENEMIGOS

MARISSA MEYER

Traducción:  
Jeannine Emery



**PARA GARRETT Y GABRIEL,  
FUTUROS SUPERHÉROES**



# LISTA DE PERSONAJES



## LOS RENEGADOS: EQUIPO DE SKETCH

**MONARCA:** Danna Bell

Se transforma en un enjambre de mariposas.

**SKETCH:** Adrian Everhart

Puede darles vida a sus dibujos e ilustraciones.

**ASESINA ROJA:** Ruby Tucker

Cuando la hieren, su sangre se cristaliza en armamento; el arma característica es un gancho formado a partir de un heliotropo.

**CORTINA DE HUMO:** Oscar Silva

Crea humo y vapores cuando lo desea.



## LOS RENEGADOS: EQUIPO DE CONGELINA

**CONGELINA:** Genissa Clark

Crea armas de hielo a partir de las moléculas de agua en el aire.

**TEMBLOR:** Mack Baxter

Provoca movimientos en el suelo con la fuerza de un terremoto.

**GÁRGOLA: Trevor Dunn**

Muta todo su cuerpo o algunas partes en piedra sólida.

**MANTARRAYA: Raymond Stern**

Inyecta veneno a través de una cola de púas.



**LOS ANARQUISTAS**

**PESADILLA: Nova Artino**

No duerme nunca y puede hacer dormir a otros con solo tocarlos.

**LA DETONADORA: Ingrid Thompson**

Crea explosivos a partir del aire, que pueden detonar a voluntad.

**PHOBIA: Se desconoce su nombre verdadero**

Transforma su cuerpo y su guadaña en la encarnación de varios temores.

**EL TITIRITERO: Winston Pratt**

Convierte a las personas en marionetas mecánicas que cumplen sus órdenes.

**LA ABEJA REINA: Honey Harper**

Ejerce el control sobre todas sus abejas, avispones y avispas.

**CIANURO: Leroy Flinn**

Genera venenos ácidos que rezuman de la piel.

**ESPINA: Nombre desconocido**

Utiliza tentáculos cubiertos de espinas que son mortales.



**CONSEJO DE  
LOS RENEGADOS:**

**CAPITÁN CHROMIUM: Hugh Everhart**

Tiene superfuerza y es casi inmune a los ataques físicos; es capaz de generar armas de cromo.

**DREAD WARDEN:** Simon Westwood

Puede volverse invisible.

**TSUNAMI:** Kasumi Hasegawa

Genera el agua y la manipula.

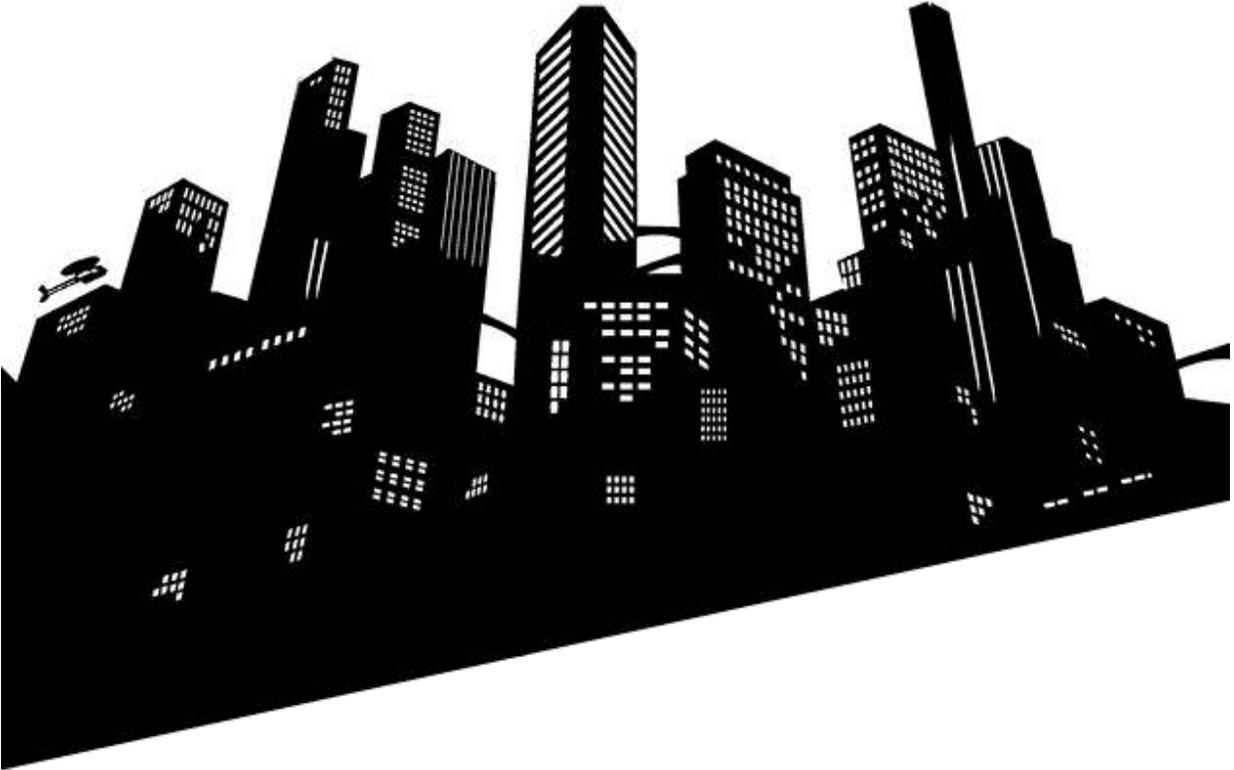
**THUNDERBIRD:** Tamaya Rae

Genera rayos y truenos; es capaz de volar.

**BLACKLIGHT:** Evander Wade

Crea la luz y la oscuridad y las manipula.





## CAPÍTULO I

Adrian se agazapó sobre el tejado, escudriñando la puerta de servicio en la parte trasera del Hospital de Gatlon City. Aunque era muy temprano y el sol aún no había despuntado, algunas pinceladas de luz teñían el cielo plumizo de un pálido color violeta. La penumbra hacía difícil ver cualquiera de las diez plantas que estaban más abajo, salvo un par de camionetas y furgonetas de reparto.

–Tengo en la mira el vehículo de huida –dijo Nova, que observaba las calles silenciosas a través de un par de binoculares.

–¿Dónde? –preguntó él, inclinándose hacia ella–. ¿Cómo te das cuenta?

–La furgoneta de la esquina –giró la vista hacia la entrada del hospital y de inmediato volvió a posarla sobre el vehículo–. Ventanillas anodinas y polarizadas; el motor encendido, aunque está estacionado desde que llegamos.

Adrian buscó la furgoneta con la mirada. Grandes nubecillas blancas de vapor se elevaban del conducto de escape.

–¿Hay alguien adentro?

–Un sujeto, en el asiento del conductor. Podría haber más, pero no veo el asiento trasero.

Adrian llevó la muñeca a la boca, hablándole al brazalete de comunicación.

–Sketch a Cortina de Humo y Asesina Roja. El vehículo de huida bajo sospecha está estacionado en la Setenta y nueve y Fletcher Way. Instalen sus puestos en las vías de escape sur y este. Seguimos esperando el reconocimiento interno de Monarca.

–Entendido –la voz de Oscar crepitó en su oído–. Vamos en camino.

Adrian golpeteó los dedos contra el alero. Deseaba que la entrada trasera del hospital estuviera mejor iluminada. Había seis farolas, pero tres estaban quemadas. ¿No debió alguien ocuparse de cambiarlas?

–¿Puedo ver? –preguntó.

Nova alejó los binoculares fuera de su alcance.

–Consíguete los tuyos.

Aunque quiso irritarse por la respuesta, no pudo evitar un asomo de sonrisa. Parecía justo, ya que aquella mañana Nova le había explicado a Oscar, durante veinte minutos, todas las modificaciones que le había realizado a este par de prismáticos genéricos. Ahora contaban con autofocus y estabilizador de imagen, indicador de blancos móviles, vigilancia nocturna, aparato de video y lentes computarizadas donde se proyectaban los valores de las coordenadas de GPS y el pronóstico del tiempo. Y como si todo ello no fuera lo bastante impresionante, también añadió un software que combinaba un programa de reconocimiento facial con la prodigiosa base de datos de los Renegados.

Indudablemente, había estado equipándolos durante meses.

–De acuerdo, conseguiré unos para mí –respondió. Extrajo su rotulador de punta fina de la manga de su uniforme de Renegados y empezó a bosquejar un par de binoculares sobre el costado de una caja de herramientas metálica–. Quizás equipe los míos con visión de rayos X.

–¿Siempre fuiste tan competitivo? –preguntó Nova, tensando la mandíbula.

Adrian esbozó una amplia sonrisa.

–Solo bromeaba. Necesitaría al menos un conocimiento básico acerca del funcionamiento de los rayos X. Pero definitivamente les pondré aquel

indicador de blancos móviles que mencionaste. Además de asideros ergonómicos. Y quizás una linterna... –terminó su bosquejo y tapó el rotulador. Presionó los dedos contra la superficie de metal y jaló el dibujo de la caja de herramientas, transformándolo en un objeto utilizable de tres dimensiones.

Se arrodilló nuevamente junto a Nova, ajustó el ancho de la pieza para ojos de sus prismáticos nuevos y escudriñó la calle. La furgoneta no se había movido de lugar.

–Allí está Danna –señaló Nova.

Adrian giró para dirigir la vista hacia el aparcamiento, pero las puertas seguían cerradas.

–¿Dónde...?

–Tercera planta.

Reajustó los prismáticos y vio un enjambre de mariposas que brotaba de una ventana abierta. En la oscuridad parecían más una colonia de murciélagos, perfilados contra el edificio. Las mariposas se arremolinaron sobre el aparcamiento del hospital y se transformaron en la figura de Danna.

El comunicador de su muñeca zumbó.

–Empiezan a salir –oyó que decía la voz de aquella–. Son seis en total.

–Siete con el conductor –corrigió Nova. La furgoneta avanzó y dobló la esquina, se detuvo delante de las puertas de entregas. Segundos después, se abrieron de par en par, y seis figuras salieron a toda velocidad del hospital, cargadas con enormes bolsas negras.

–¿Hay civiles cerca? –preguntó Adrian.

–Negativo –respondió Danna.

–Copiado. Listos para entrar, equipo. Danna, quédate...

–¡Sketch! –exclamó Nova, provocándole un sobresalto–. Hay una prodigio entre ellos.

La miró parpadeando.

–¿Qué?

–Aquella mujer... la que tiene la argolla en la nariz. Aparece en la base de datos. Su alias es... ¿Espina?

Se devanó los sesos, pero no le resultaba conocido.

–Jamás escuché hablar de ella –Adrian volvió a observar a través de los prismáticos. Las figuras arrojaron su botín dentro de la furgoneta; la mujer con la argolla fue la última en subir–. ¿Cuál es su poder?

–Evidentemente, tiene... extremidades cubiertas de espinas –Nova lo miró, extrañada.

Adrian encogió los hombros y volvió a dirigir la voz hacia el brazalete.

–Equipo, máxima alerta. Los objetivos cuentan con una prodigio. Quédense en sus puestos, pero procedan con precaución. Insomnia y yo... – un estruendo le provocó un sobresalto. Al volverse, advirtió que Nova ya se había marchado. Se incorporó de un salto para asomarse por encima del costado del edificio. El sonido era Nova, aterrizando sobre el primer descansillo de la escalera de incendios... ocuparemos el puesto norte – masculló.

Se oyó un chirrido de neumáticos. La furgoneta se alejó dando tumbos. Adrian levantó la muñeca en tanto la adrenalina le corría desbocada por el cuerpo. Esperó a ver en qué dirección...

El vehículo tomó la primera calle a la izquierda.

–¡Cortina de Humo, te toca a ti! –gritó.

Arrojando a un lado los prismáticos, Adrian corrió hacia Nova. Por encima, Danna volvió a formar un enjambre y se lanzó tras la furgoneta.

Nova estaba en la mitad de la calle cuando se dejó caer desde la escalera de incendios, golpeando la acera con sus botas. Adrian se lanzó a correr tras ella, sus largas piernas le otorgaban cierta ventaja, aunque seguía detrás cuando ella apuntó el dedo hacia la derecha.

–¡Ve por allá! –gritó Nova, largándose en dirección opuesta.

A una calle de distancia, volvió a oír el chirrido de neumáticos, esta vez acompañado de un violento frenazo. Una nube de espesa neblina blanca se elevó del tejado de un edificio de oficinas.

La voz de Oscar se oyó a través del brazalete.

–¡Están retrocediendo... se dirigen al norte sobre Bridgewater!

Adrian giró en la esquina y vio las luces traseras color rojo centelleando hacia él. Hurgó en la manga para extraer un trozo de tiza blanca, metida junto al rotulador. Se inclinó y dibujó rápidamente una tira de clavos sobre el asfalto. Terminó la ilustración justo cuando el olor a caucho quemado invadió sus fosas nasales. Si el conductor podía verlo en el espejo retrovisor, no dio señal alguna de bajar la velocidad.

Jaló el dibujo hacia arriba. Los clavos de diez centímetros brotaron del suelo, y consiguió precipitarse fuera de la calzada segundos antes de que la furgoneta pasara como un rayo junto a él.

Los neumáticos reventaron con una serie de estallidos ensordecedores. Detrás de las ventanas opacas, Adrian alcanzó a oír a los ocupantes maldiciendo y discutiendo entre ellos al tiempo que las ruedas desinfladas se deslizaban hasta detenerse por completo.

La nube de mariposas giró por encima. Danna se dejó caer sobre el tejado de la furgoneta.

–Bien pensado, Sketch.

Adrian se puso de pie, con la tiza aún aferrada entre los dedos. Llevó la otra mano a las esposas oficiales de los Renegados, sujetas al cinturón.

–¡Están bajo arresto! –gritó–. Salgan lentamente con las manos en alto.

La puerta se abrió con un sordo sonido metálico, entornándose apenas lo suficiente para que emergiera una mano, con los dedos extendidos a modo de súplica.

–Lentamente... –repitió Adrian.

Hubo un instante de vacilación, y luego se terminó de abrir de forma abrupta. Alcanzó a reconocer el cañón de una pistola instantes antes de que una descarga de balazos acribillara el edificio que se encontraba detrás. Con un alarido, se arrojó detrás de una parada de autobús, cubriéndose la cabeza con los brazos. Los cristales estallaron y las balas rebotaron contra la piedra.

Alguien gritó, y cesaron los disparos.

Las demás puertas de la furgoneta se abrieron al unísono: la del conductor, el acompañante y las dos traseras.

Los siete delincuentes emergieron, dispersándose en direcciones diferentes.

El conductor salió corriendo por una calle lateral, pero Danna lo alcanzó en el acto: en un abrir y cerrar de ojos pasó de ser un ciclón de alas doradas a convertirse en superheroína. Sujetó al hombre del cuello, lo inmovilizó con un brazo y lo arrojó al suelo.

La mujer del asiento del acompañante salió corriendo hacia el sur por Bridgewater, y se abalanzó por encima de la tira de clavos, pero no había avanzado ni media calle cuando un flechazo de humo negro le golpeó el rostro. Cayó de rodillas, asfixiada. Mientras luchaba por respirar, ofreció poca resistencia cuando Oscar emergió de detrás de un vehículo estacionado y cerró las esposas alrededor de sus muñecas.

Tres ladrones más se apresuraron a salir por las puertas traseras de la furgoneta, cada uno arrastrando abultadas bolsas de plástico. Ninguno vio el

alambre delgado que cruzaba la calle. Uno tras otro se engancharon los tobillos y cayeron con estrépito formando una pila sobre el asfalto. Una de las bolsas se abrió y derramó decenas de pequeños botes blancos de pastillas dentro del desagüe. Ruby se lanzó desde detrás de un buzón, sujetó rápidamente a los tres y luego fue a recuperar el gancho rojo en el extremo de su alambre.

Los últimos dos criminales emergieron de la puerta lateral. La mujer con la argolla en la nariz –Espina, según los prismáticos de Nova– sujetaba el rifle automático en una mano y una bolsa negra de residuos en la otra. La seguía un hombre con dos bolsas más sobre el hombro.

Adrian se mantenía agazapado detrás de la parada de autobús cuando los dos pasaron como un rayo a su lado y se internaron en un callejón estrecho. Se levantó de un salto, pero no había avanzado ni dos pasos cuando algo pasó silbando junto a él y vio un destello rojo por el rabillo del ojo.

El heliotropo filoso de Ruby seccionó la bolsa que llevaba la mujer sobre el hombro, realizando una estrecha abertura. Pero su alambre resultó demasiado corto: la mujer estaba justo fuera de su alcance. La gema de rubí rebotó y cayó con estrépito sobre el concreto. Una única botella de plástico se perdió a través de la rotura.

Gruñendo, Ruby volvió a enrollar el alambre y lo hizo girar por encima como un lazo. Avanzó decidida, preparada para arrojarlo de nuevo.

La mujer se detuvo abruptamente, volteándose para enfrentarlos. Apuntó la pistola, y descargó una nueva andanada de balas. Adrian se arrojó hacia Ruby. Esta soltó un grito de dolor al tiempo que ambos caían rodando tras un contenedor de escombros.

Los disparos cesaron apenas estuvieron a buen resguardo. Las pisadas de los criminales se alejaron taconeando con fuerza.

–¿Estás bien? –preguntó Adrian, aunque la respuesta era obvia. El rostro de Ruby estaba contorsionado por el dolor, y ambas manos aferraban su muslo.

–Claro –dijo a través de dientes apretados–. ¡Detenlos!

Algo se estrelló en el callejón: el sonido ensordecedor de cristales que se hacían añicos y de metal crujiente. Adrian asomó la cabeza por el costado del contenedor y vio un equipo de aire acondicionado destruido sobre la acera. Examinó el tejado de los apartamentos circundantes justo en el momento en que arrojaban un segundo equipo hacia los ladrones. Se estrelló

sobre las escalinatas de la planta inferior, delante de la mujer. Esta soltó un grito entrecortado y abrió fuego una vez más.

Nova volvió a ocultarse. Una ráfaga de balas cruzó la parte superior del edificio, perforándolo con una serie de cráteres diminutos.

Adrian salió de detrás del contenedor y se apartó de la vista de Ruby; levantó el brazo sin siquiera detenerse a pensar. Incluso bajo la manga gris oscura de su uniforme, vio que su piel empezaba a relucir al tiempo que el delgado cilindro que había tatuado emergía a lo largo de su antebrazo.

Disparó.

El rayo explosivo le dio a Espina entre los omóplatos, lanzándola por encima de uno de los equipos destruidos. El rifle golpeó el muro más cercano con estrépito.

Adrian estudió la línea del techo, con el corazón martilleando en el pecho.

—¿Insomnia? —gritó, esperando que su voz no trasluciera su pánico—. ¿Estás...?

Espina dejó escapar un grito gutural y se incorporó con gran esfuerzo hasta quedar en cuatro patas. Su cómplice tropezó algunos pasos más allá, sujetando aún sus dos bolsas de medicamentos robados.

—¡Déjalo ya, Espina! —dijo—. Vámonos de aquí.

La mujer lo ignoró y se volteó hacia Adrian con un gruñido.

Mientras observaba, una serie de miembros brotaron de la espalda de la prodigio, no lejos de donde su rayo la había alcanzado: seis apéndices, cada uno de tres metros y medio de largo, tachonados con afiladas púas. Le recordaban a las extremidades de un pulpo, si estas hubieran estado cubiertas de feroces espinas.

Adrian retrocedió un paso. Cuando Nova mencionó extremidades cubiertas de púas, imaginó uñas inusualmente filosas. Quienquiera que hubiera armado la base de datos realmente debía intentar ser más específico.

El cómplice de Espina maldijo.

—¡Yo me largo! —gritó, y echó a correr.

Ella lo ignoró y deslizó sus tentáculos hacia la escalera de incendios más cercana; se puso de pie con gran esfuerzo. Sus movimientos resultaban tan veloces y gráciles como los de un arácnido. Cuando alcanzó el descansillo justo antes del tejado, deslizó un tentáculo hacia arriba y por el costado.

Nova gritó. Los pulmones de Adrian soltaron una exhalación de espanto al observar que la mujer la levantaba del techo. La sostuvo en el aire un instante y luego la arrojó hacia abajo.

Instintivamente, el Renegado se lanzó hacia arriba. No se detuvo a pensar en los resortes de sus pies –nadie debía saber acerca de sus tatuajes–: no había tiempo para deliberaciones. Interceptó el cuerpo de Nova antes de que golpeará el edificio del otro lado del callejón, y ambos se estrellaron sobre el contenedor de basura.

Jadeando, Adrian se apartó para examinar a Nova, que seguía entre sus brazos. Tenía algo pegajoso y tibio sobre la espalda; al alejar la mano la notó teñida de rojo.

–Estoy bien –gruñó Nova, que parecía más enfadada que dolida–. Solo tengo rasguños a causa de las espinas. Espero que no sean venenosas –se incorporó y habló al brazalete para informarle al resto del equipo lo que enfrentaban.

Adrian examinó el edificio, temiendo un ataque inminente, pero Espina había decidido no venir tras ellos. La observó emplear sus tentáculos para balancearse desde las escaleras de incendio hasta un conducto de desagüe, y caer escurriéndose una vez más al callejón. Dos de sus apéndices se alargaron y levantaron la bolsa caída y el bote solitario de pastillas sobre el suelo. Luego se lanzó tras su cómplice.

–Iré tras ella –anunció Nova. Se deslizó por el costado del contenedor, y sus botas descendieron con un golpe sobre el suelo.

–¡Estás herida! –exclamó Adrian, aterrizando junto a ella.

Ruby salió a los tropiezos de entre las sombras. Cojeaba, pero donde antes había sangre, ahora habían brotado sobre la herida abierta una serie de cristales dentados color rojo, con el aspecto de estalagmitas.

–Yo también iré tras ella –gruñó.

Nova se volteó para alejarse de ambos, pero Adrian la tomó del brazo.

–¡Sketch! ¡Suéltame!

–¡Son solo dos segundos! –gritó a su vez, sacando su rotulador. Lo usó para dibujar a toda velocidad una hendidura en la tela empapada de sangre de su uniforme, dejando expuesta la herida en la parte inferior de la espalda, no lejos de su columna vertebral. Era más un corte que un rasguño.

–¡Adrian! ¡Se escapan!

Ignorándola, dibujó una serie de vendas entrecruzadas sobre la herida.

–Eso es –dijo, tapando el rotulador en tanto las vendas se entretejían sobre su carne–. Por lo menos, ahora no morirás desangrada.

Nova masculló algo, exasperada.

Echaron a correr juntos, aunque pronto fue evidente que Ruby no podría seguirlos. Mientras Nova avanzaba a toda velocidad, Adrian sujetó el hombro de Asesina Roja y la detuvo.

–Nosotros nos ocuparemos de esta prodigio. Tú regresa, y asegúrate de que los demás estén a salvo.

Ruby estuvo a punto de protestar cuando la voz de Danna crepitó por los brazaletes.

–Tengo en la mira a Espina y al sospechoso masculino. Están volviendo sobre sus pasos hacia el hospital. Se dirigen hacia el este sobre la Ochenta y dos. Probablemente, intenten huir por el río.

Ruby le dirigió una mirada severa a Adrian.

–No permitas que escapen.

No se molestó en responder. Volteó y se precipitó por una angosta calle lateral. Quizás pudiera cortarles el paso. ¿Habría regresado Nova a la calle principal o treparía algún tejado para rastrearlos desde arriba?

Cuando estuvo seguro de que Ruby había desaparecido, usó los resortes tatuados en las plantas de los pies para precipitarse hacia delante, recorriendo la distancia diez veces más rápido que si hubiera corrido. Al llegar al final del callejón, atrapó a ambos criminales volteando la siguiente esquina a toda velocidad.

Adrian corrió tras ellos, giró la esquina en el instante en que lo hacía Nova, que venía de la otra dirección. Al verlo, ella se detuvo en seco, sorprendida.

–Qué rapidez –dijo jadeando.

Avanzaron al mismo ritmo, uno junto al otro. Los criminales les llevaban una calle de ventaja. Cada tanto, Adrian advertía uno de los botes de pastillas, proveniente de la abertura en la bolsa de Espina, rodando hacia un canal de desagüe. Era un rastro fácil de seguir.

Más adelante, la calle terminaba en una T. Adrian vio a los criminales tomar dos caminos diferentes. Su intención era separarse, apartándolos a él y a Nova.

–Yo me ocupo de Espina –dijo.

–No –replicó Nova, extrayendo una pistola de calibre grueso de su cinturón de armas. Sin aminorar la marcha, apuntó y disparó. El rayo de energía alcanzó al hombre justo cuando se dirigía a la siguiente calle. Lo envió volando a través de la ventana de un pequeño café. Una lluvia de fragmentos de cristal cayó a su alrededor al tiempo que se desplomaba sobre una mesa y desaparecía de la vista. Una de las bolsas de residuos quedó sujeta en la ventana rota, y una avalancha de botes de plástico cayó sobre la acera—. Tú ocúpate de él –señaló—. Yo me ocuparé de Espina.

Adrian resopló.

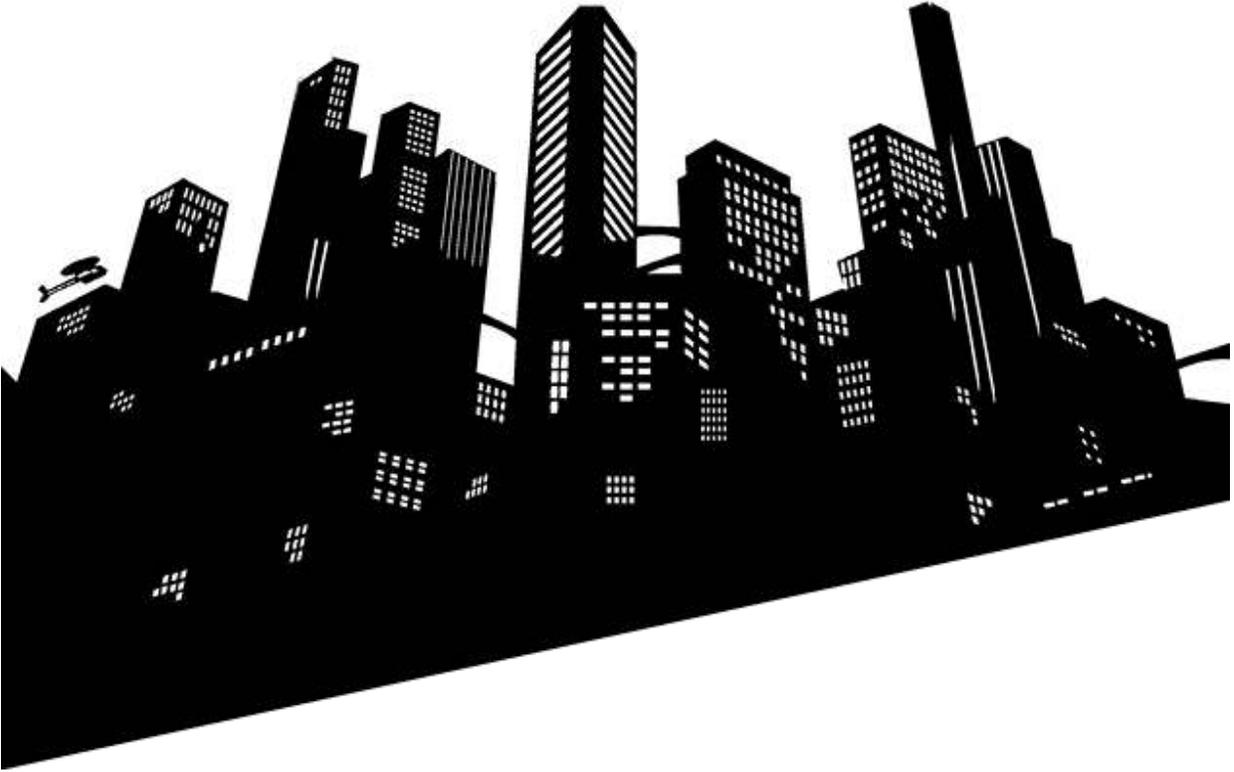
–¿Y ahora quién es la competitiva?

Espina vaciló cuando su compañero atravesó la ventana, pero no se detuvo. Si acaso, corrió aún más rápido, empleando ambas piernas y los seis tentáculos para precipitarse calle abajo.

Adrian aún no había decidido si apresaría al hombre o acompañaría a Nova cuando un grito los hizo detenerse en seco.

Su atención se dirigió hacia la ventana destruida del café. Pero no era la ventana, sino la puerta de entrada la que se había abierto con un golpe, estrellándose tan fuerte contra el costado del edificio que el letrero de CERRADO cayó sobre la acera.

El hombre emergió. Había abandonado las bolsas de residuos, y, en cambio, tenía el brazo envuelto alrededor del cuello de una joven que llevaba un delantal a cuadros. Con la otra mano presionaba una pistola contra el costado de su cabeza.



## CAPÍTULO 2

Al observar la pistola y el rostro petrificado de la joven, Adrian sintió que le faltaba el aire. Una retícula de cortes diminutos laceraba su brazo derecho. Debió estar parada junto a la ventana cuando el hombre cayó a través de ella.

–¡Escúchenme bien! –lanzó el hombre. Aunque su aspecto exterior era rudo, con un tatuaje que descendía desde su mandíbula y se deslizaba dentro del cuello de su camisa, y brazos que claramente habían sido entrenados con pesas, había un innegable temor en su mirada–. Me dejarán ir. No nos seguirán a ninguno de los dos. No atacarán. Si siguen estas instrucciones *bien* sencillas, soltaré a esta muchacha apenas quedemos a salvo. Pero ante el más mínimo indicio de que nos persiguen, ella morirá –empujó el cañón de la pistola contra la nuca de la rehén, forzando su cuello hacia delante. La mano le temblaba mientras empezaba a caminar de costado a lo largo del muro del edificio, manteniendo a la chica entre él y los Renegados–. ¿Tenemos un acuerdo?

La rehén comenzó a llorar.

El corazón de Adrian le martilleaba en el pecho. El código se coló entre sus pensamientos.

*La seguridad de los civiles es lo primero. Siempre.*

Pero cada segundo que estaban allí parados, capitulando ante las exigencias de este delincuente, Espina se alejaba más y más.

A su lado, Nova envolvió hábilmente una mano alrededor de una pequeña pistola que llevaba metida en la parte trasera de su cinturón utilitario.

–No lo hagas –murmuró Adrian.

Ella hizo una pausa.

El hombre continuó arrimándose hacia la calle, arrastrando a la rehén consigo. Veinte pasos más y doblaría la esquina.

Si Adrian y Nova no hacían nada, si lo dejaban ir, ¿liberaría a la rehén?

El código indicaba que debían correr el riesgo; no darle motivos para atacar; apaciguar y negociar; no entablar combate cuando corría peligro la vida de un civil.

Quince pasos.

–Puedo darle –dijo Nova en voz baja.

La chica los observó a ambos, más aterrada con cada instante que pasaba. Su cuerpo actuaba de escudo, pero una parte de la cabeza del hombre quedaba al descubierto de todos modos, por lo que Adrian confiaba en Nova. La había visto disparar muchas veces. No dudó de que *podiera* darle.

Pero aun así, el código...

Diez pasos.

–Demasiado riesgoso –respondió–. No ataques.

Nova emitió un sonido de desagrado con la garganta, pero su mano se elevó un par de centímetros de la pistola.

La rehén se encontraba sollozando. El criminal prácticamente la llevaba en brazos mientras retrocedía.

Había una posibilidad de que la matara una vez que estuviera fuera de alcance. Adrian lo sabía. *Todos lo sabían.*

O podría retenerla hasta llegar... adonde quiera que estuvieran dirigiéndose.

Seguiría habiendo dos criminales sueltos en la calle, incluida una prodigio peligrosa, mientras que kilos de medicamentos robados, que necesitaban

desesperadamente en el hospital, pasarían a engrosar el tráfico de estupefacientes de la ciudad.

Cinco pasos.

Nova miró a Adrian; sintió las oleadas de frustración emanando de ella.

–¿En serio? –siseó.

Él apretó los puños.

El criminal llegó a la esquina y le dirigió una sonrisa maliciosa a Adrian.

–Será mejor que se queden quietos. Como dije, la soltaré cuando esté a salvo. Pero ante cualquier indicio de que nos persiguen los Renegados...

Una porra apareció detrás de la esquina y golpeó el costado de la cabeza del hombre. Este soltó un grito y comenzó a girar al tiempo que otro golpe le quebró la cabeza hacia atrás. Aflojó los dedos alrededor de la rehén. Con un aullido, esta se retorció hasta soltarse.

Ruby se lanzó desde el dosel de una puerta, soltando un grito estremecedor al tiempo que saltaba sobre la espalda del hombre y lo derribaba al suelo. Oscar apareció aferrando su bastón como un garrote. Se paró delante de Ruby y el criminal, listo para golpear por tercera vez, pero ella ya había asegurado las esposas en las muñecas del hombre.

–Eso es lo que se conoce como trabajo en equipo –señaló Oscar, extendiendo una mano hacia Ruby. Ella le tomó los antebrazos y dejó que la ayudara a ponerse de pie.

La rehén se desplomó contra el muro del edificio, aturdida, y cayó deslizándose sobre la acera.

–Cielos –murmuró Nova, haciéndose eco de lo que pensaba Adrian. Las heridas de Ruby habían continuado sangrando, y su uniforme estaba incrustado de afiladas formaciones cristalinas color rojo que brotaban de la herida de bala en el muslo, abarcando la pierna hasta la rodilla y subiendo hasta la cadera.

Adrian se sacudió la sorpresa de encima.

–¿Dónde está Danna?

–Rastreando a la prodigio –respondió Ruby–. Si no la ha alcanzado ya.

–Iré tras ellas –dijo Nova. Le dirigió una mirada hostil a Adrian–. Siempre que esté en conformidad con el *código*.

La miró ligeramente irritado, pero ya sin tanta convicción.

–Cuídate. Nos encontramos en el hospital.

Nova se marchó hacia donde se había dirigido la prodigio. Adrian la observó partir; una leve inquietud le retorció las entrañas. Aún no sabían demasiado acerca de Espina o de lo que era capaz de hacer.

Pero Danna estaría allí, y Nova sabía cómo defenderse.

Se obligó a voltear la cabeza.

—¿Y los demás?

—Todos a salvo —respondió Ruby—, y ya mandé llamar a la cuadrilla que traslada a los prisioneros y al equipo de limpieza.

Oscar avanzó hacia la rehén. Miraba boquiabierto a los tres Renegados, temblando.

—Estás a salvo —la tranquilizó, apoyándose en su bastón para ponerse en cuclillas delante de ella—. Pronto vendrá un médico para ocuparse de tus heridas, y hay terapeutas si necesitas hablar. Mientras tanto, ¿quieres que llamemos a alguien?

Su cuerpo tembloroso se aquietó al encontrarse con su mirada. Sus ojos se abrieron aún más... pero esta vez no con temor, sino con una especie de ardorosa admiración. Abrió la boca, pero tuvo que hacer varios intentos antes de que salieran las palabras.

—He soñado con esto toda mi vida —susurró—. Que me rescate un *Renegado de verdad* —sonrió afectadamente, mirándolo como si fuera la octava maravilla del mundo moderno—. Gracias... Muchas gracias por salvarme la vida.

Las mejillas de Oscar se enrojecieron.

—Eh... claro. De nada —echó un vistazo incierto hacia Ruby, pero cuando se puso de pie, tenía el pecho más hinchado que antes—. Gajes del oficio.

Ruby rio socarronamente.

El aullido de una sirena resonó por las calles. La ambulancia y los coches patrulla de los Renegados llegarían pronto. Adrian lanzó una mirada hacia donde Nova se había marchado; la ansiedad se apoderó de él una vez más.

¿Hasta dónde había llegado la prodigio? ¿A dónde se dirigía? ¿Danna la habría alcanzado? ¿Y Nova?

¿Necesitaban ayuda?

—Oigan, muchachos... —empezó a decir. La adrenalina comenzó a bombear de nuevo con fuerza.

—Irás tras ella —dijo Ruby—. Sí, lo sabemos.

–Será mejor que te apresures –añadió Oscar–. Ya sabes que Nova no guardará ni una pizca de gloria para ti.

Una sonrisa de gratitud asomó a los labios de Adrian, y salió corriendo.



El sol se asomaba ahora sobre los edificios, proyectaba largas sombras sobre las calles. La ciudad despertaba. Las carreteras se colmaban de vehículos. Los peatones le dedicaban miradas curiosas, incluso excitadas a Nova mientras pasaba corriendo en su vistoso uniforme de Renegada. Los ignoró a todos, esquivando a los comerciantes que hacían rodar los cubos de basura hacia la calle; saltando encima de letreros de sándwiches que promocionaban rebajas de temporada y grandes aperturas; zigzagueando entre bicicletas y taxis, farolas y buzones oxidados.

Durante el día, su trabajo era difícil. Era más fácil cuando no había civiles, tal como había quedado demostrado con la situación de la rehén delante del café. Era el momento en que entraba en juego la infame autoridad del código de Gatlon: la idea de proteger y defender a toda costa. No era que discrepara del objetivo; por supuesto que tenían que trabajar para proteger a los transeúntes inocentes. Pero a veces había que tomar riesgos. A veces había que hacer sacrificios.

Por un bien mayor.

Ace jamás habría perdonado una vida si al hacerlo ponía otras decenas de vidas en peligro.

Pero aquel era el código que regía la vida de los Renegados, y ahora había una prodigio con extremidades cubiertas de espinas que estaba suelta, y ¿quién sabe cuándo volvería a atacar?

Si antes ella no lo evitaba.

Dado que era una superheroína y todo lo demás.

Sonrió con ironía al pensarlo. Oh, si solo Ingrid pudiera verla ahora. Qué mortificada estaría de ver a Nova, su cómplice Anarquista, trabajando con los Renegados, incluso tomando partido por ellos en contra de otra prodigio rebelde. Ingrid la habría animado a dejar que Espina escapara, quizás incluso intentara convertirla en una aliada. Pero Ingrid era corta de miras. No podía entender la importancia de que Nova ganara la confianza de los Renegados.

Ace comprendía. Siempre había comprendido.

Ganarse su confianza. Conocer sus puntos débiles.

Y luego: destruirlos.

Espina se dirigía al río, tal como Nova habría hecho para borrar sus huellas si hubiera estado huyendo de los Renegados, lo cual, ciertamente, era una situación para la que había pasado mucho tiempo planeando a lo largo de los años. A tres calles de donde había dejado a Adrian y al resto, vio un bote blanco de pastillas en un desagüe. Espina había cambiado el rumbo, y dos calles más adelante Nova vio otro recipiente atrapado en una alcantarilla.

Advirtió una nube oscura y fluctuante sobre un jardín comunitario, y le llevó un instante reconocer el enjambre de Danna. Las mariposas iban a la deriva de un lado a otro, revoloteando sobre una calle lateral, subiendo sobre los tejados de una hilera estrecha de locales tapiados.

Nova tuvo la clara impresión de que buscaban algo.

Trepó por encima de la cerca y corrió a través del jardín enlodado. Cuando llegó a la calle del otro lado, las mariposas empezaron a posarse sobre los cables de luz y las alcantarillas. Eran miles, y sus alas se retorcían mientras buscaban y aguardaban.

Nova palmeó su revólver, pero cambió de opinión y tomó en cambio su pistola de ondas de choque. El callejón estaba casi vacío, salvo por media docena de contenedores de metal y pilas de bolsas de residuos amontonadas contra los muros. Un fétido olor lo impregnaba todo: alimentos putrefactos y peces muertos. Respiró superficialmente, luchando contra las náuseas al tiempo que atravesaba una nube de moscas con la cabeza gacha.

Un ruido le provocó un sobresalto y giró bruscamente, con la pistola de ondas de choque apuntada hacia una de las bolsas de basura. Un gato escuálido aulló y se lanzó a través de un cristal roto.

Exhaló.

Un grito de guerra resonó en todo el callejón. La tapa de uno de los contenedores de basura saltó hacia arriba y Espina se lanzó fuera. Una extremidad punzante arrancó la pistola de las manos de Nova, dejando un magullón ardiente sobre su palma.

Siseando, tomó su arma en el instante en que Espina empuñaba la pistola de ondas de choque.

Nova extrajo el arma, pero el prodigio rebelde disparó antes y la arrojó hacia una pila de bolsas de residuos. El cuerpo le vibraba por la descarga.

Espina salió corriendo en el sentido contrario. Danna se formó en su camino, el cuerpo listo para dar batalla. La prodigio apuntó para dispararle, pero la Renegada se dispersó en un enjambre de mariposas un instante antes de que la golpeará la crepitante energía.

Los insectos formaron un ciclón en el aire. Un instante después, Danna descendió del cielo sobre la espalda de Espina.

Tres de los seis miembros de la prodigio se envolvieron alrededor del cuerpo de la Renegada, surcándole la espalda. Danna gritó al tiempo que las espinas perforaron su piel con largos cortes. Espina la arrojó contra el muro, y se derrumbó sobre el suelo.

Con un esfuerzo supremo por ponerse de pie, Nova sujetó el contenedor más cercano y lo arrojó lo más fuerte que pudo.

Espina ladeó la cabeza y sacó de repente uno de los tentáculos, haciéndolo a un lado con facilidad. Otra de sus extremidades se dirigió hacia una pila cercana de bolsas de basura y jaló una de ellas... Nova reconoció la hendidura. La prodigio empezó su desgarbado ascenso sobre el muro, extendiendo los miembros complementarios para alcanzar los barrotes de las ventanas y las luces empotradas. Una vez sobre el tejado, desapareció de la vista.

Nova corrió a toda prisa por el callejón. El objetivo de Espina se hizo evidente en el instante en que irrumpió en la calle y vio el breve puente sobre el río Snakeweed. La prodigio ya se encontraba junto a la barandilla del puente. Le lanzó una mirada de odio a Nova, y luego se arrojó dentro del río.

Aunque las piernas le ardían y sentía los pulmones a punto de colapsar, Nova movió los brazos aún más rápido, alentando a su cuerpo a marchar. Solo tenía que ver dónde emergería la prodigio y estaría nuevamente tras sus pasos.

Pero cuando llegó al puente, el corazón le dio un vuelco.

Espina no había caído dentro del río.

Había aterrizado sobre una barcaza.

Avanzaba sin tregua por entre las olas, distanciándose más y más.

Rodeada de contenedores marítimos, la prodigio la saludó burlonamente.

Nova enroscó el puño alrededor de la barandilla del puente, observando el derrotero del río: había cuatro puentes más antes de que vaciara su caudal

en la bahía. Espina podía salir por cualquiera de ellos, pero no había manera de que Nova pudiera alcanzarla para ver por cuál.

Maldijo. Sus nudillos se volvieron blancos mientras sus puños se cerraban con fuerza.

Tenía que haber otra manera de seguirla. Tenía que haber un modo diferente de detener a la prodigio. Tenía que haber...

El martilleo de unas pisadas llamó su atención.

Nova giró con rapidez. Su pulso se aceleró al ver al hombre con la armadura reluciente dirigirse directamente adonde ella se encontraba.

El Centinela.

Una sensación de escozor cubrió su piel. Llevó la mano a su revólver, preparándose para dar pelea.

Pero el Centinela pasó a su lado corriendo y se lanzó hacia arriba con la fuerza de un motor a reacción.

La mandíbula de Nova se descolgó al observar su trayectoria. Su cuerpo trazó un arco hacia arriba y encima del río, y por un instante pareció que volaba.

Luego descendió, con gracia y seguridad, preparándose para el impacto.

Se estrelló contra la cubierta de la barcaza, a centímetros de la saliente.

Tras ponerse en pie, adoptó por un instante una pose sacada de una historieta.

Nova no pudo evitar entornar los ojos.

—Vaya, qué presumido.

Si Espina estaba impresionada, no lo demostró. Con un grito, lanzó los seis miembros punzantes hacia el justiciero.

Nova tenía cierta esperanza de que vería al Centinela empalado, pero luego extendió su brazo izquierdo y una hoguera ardiente estalló de su palma, envolviendo los tentáculos. Incluso desde tan lejos, alcanzó a oír los gritos de la mujer al tiempo que replegaba los miembros.

Tras extinguir las llamas alrededor de su mano, el Centinela arremetió contra Espina con tal fuerza que ambos cayeron rodando detrás de la pila de contenedores marítimos. Nova presionó el cuerpo contra la barandilla, entrecerrando los ojos para protegerse de la luminosidad matinal. Durante mucho tiempo, no vio nada. La barcaza seguía avanzando entre el oleaje.

Antes de llegar al siguiente recodo en el río, percibió movimiento sobre la cubierta.

Tomó los prismáticos de la parte trasera del cinturón y encontró la barcaza. Las lentes pusieron la mira en la cubierta.

Nova estrechó los ojos.

Las llamas del Centinela habían chamuscado la vestimenta de Espina; la sangre salpicaba sus brazos desnudos. El lado izquierdo del rostro empezaba a inflamarse alrededor de una herida en el labio.

Pero seguía de pie. En cambio, el Centinela estaba tumbado a sus pies. Las extremidades punzantes le cubrían el cuerpo de los hombros a los tobillos.

Nova observó mientras Espina arrastraba su cuerpo a la parte trasera de la barcaza y lo arrojaba al agua.

La pesada armadura se hundió de inmediato en el agua fangosa.

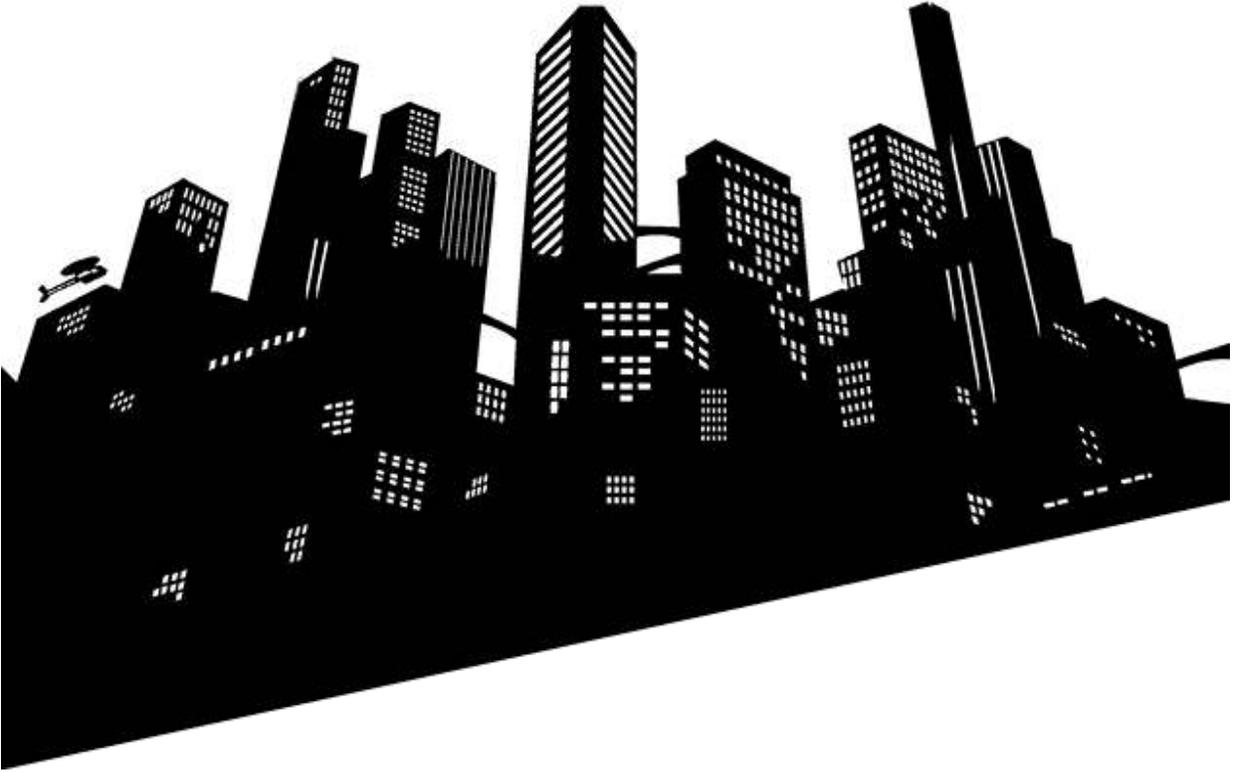
Nova se apartó de la barandilla. Sucedió tan rápido que casi se sintió defraudada por lo decepcionante que había resultado todo. No era una gran fan del Centinela, pero una parte pequeña de ella había esperado que por lo menos atrapara a la ladrona, como había atrapado a muchos criminales a lo largo de las últimas semanas.

Espina volvió a echar un vistazo en dirección de Nova; su sonrisa burlona quedó atrapada justo en el medio de las ópticas de los prismáticos.

Luego la barcaza dobló el recodo del río y desapareció.

Nova suspiró y bajó los prismáticos.

–Bueno –masculló–, por lo menos ya no tendré que preocuparme más por él.



## CAPÍTULO 3

Adrian salió a la superficie bajo el puente Halfpenny. Nadó con esfuerzo hacia la orilla y se desplomó sobre la arena. Un cangrejo ermitaño se asustó y se lanzó bajo una roca cubierta de líquen.

Intentó respirar hondo, pero el aire quedó atrapado en su garganta y le provocó un ataque de tos. Los pulmones le ardían por haber aguantado la respiración durante tanto tiempo. Se sentía mareado, y le dolían todos los músculos del cuerpo. La grava y la arena se adherían a su uniforme empapado.

Pero estaba vivo, y por el momento alcanzó para que una carcajada agradecida se mezclara con las toses erráticas.

Era como si cada vez que se transformaba en el Centinela, aprendiera algo nuevo sobre sí mismo y sus habilidades.

O sobre su falta de habilidades.

Hoy había aprendido que la armadura del Centinela no era hermética. Y también, que se hundía como una piedra.